rador. El cuarto cuadro hace ver la campaña de 1646; en el centro está la ciudad de Dunkerque, y á derecha é izquierda se ven otras acciones relativas al sitio de la misma ciudad. Las otras campañas deben ser pintadas en cuadros semejantes, cuyos lugares están marcados en la misma galería; pero que todavía no están hechos.

«Todo este departamento estaba alumbrado por infinito número de candiles y candelabros de cristal. Despues de la comida se fué monseñor á su alojamiento, &c.»

No seguirémos á monseñor el Delfin por los caprichosos rodeos del bosque; no hablarémos ni de la caza, ni de la pesca, ni de la ópera, para la que se construyó espresamente una sala magnífica; dejarémos à nuestro minucioso cronista acabar solo la descripcion de esta pomposa fiesta que duró ocho dias, y para la que tuvo M. de Nevers que hacer tal gasto de imaginacion, que no le quedó tiempo para encelarse de su muger; lo que, hablando francamente, no habria sido otra cosa que un esceso de ridículo. Pero lo que nuestro narrador no dice, y vale la pena decirlo, es que la fiesta del príncipe tuvo tambien su Vatel. En esta vez no faltó el pescado, sino el ciervo que se alejó tanto en el llano, que fué preciso renunciar à tomarlo. Jamas habia sucedido tal cosa en Chantilly. Despues de haber pasado ocho horas á caballo sin aflojar las bridas, fué preciso volver al castillo de guerra, muertos de cansancio. Esto era suficiente à empañar para siempre el blason de los Condé. El prìncipe se mostró inconsolable y juró que habia de cazar su ciervo. Se dió la cita para el dia siguiente en la encrucijada del Condestable, y se tomaron todas las medidas oportunas para que el fugitivo animal no pudiese escapar.

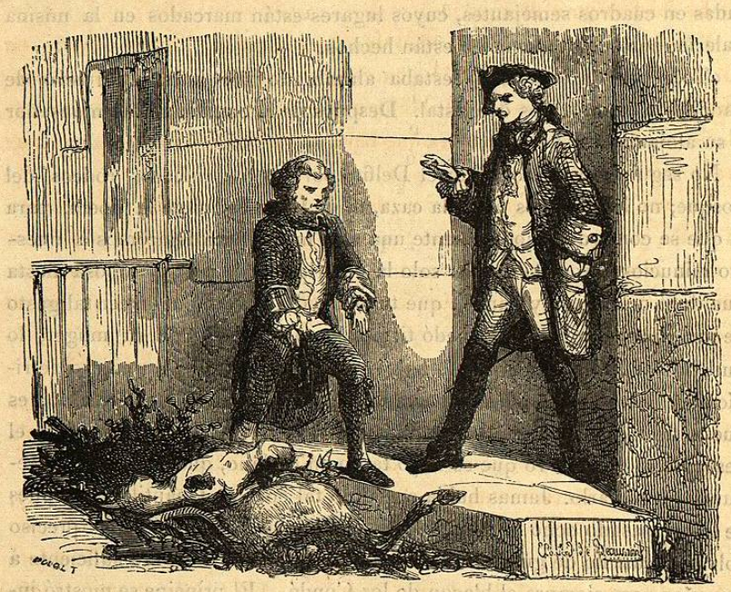
La jauría del príncipe de Condé era la mas considerable de Francia: á su cabeza se encontraba, entre otros, un perro de alto renombre, que contaba sus dias por sus victorias. Era el Nestor y el Nembrod de los perros de la jauría; se llamaba Faro, y tuvo por padrino al gran Condé.

Muy de mañana mandó llamar el príncipe al comandante de los cazadores, y le designó á Faro como la sola esperanza de la jornada, como aquel à quien pertenecia el honor de recobrar la gloria de los equipages de Chantilly.

—Monseñor, le dijo el comandante, desde ayer no parece Faro.

La consternacion del príncipe llegó à su colmo; Faro le habia costado doscientos luises, y por volver á encontrarlo, daria mil en aquel instante. Se paseaba con agitacion, daba en el suelo fuertes golpes con los piés, y en su impotente rabia, destrozaba con las espuelas la alfombra de su recámara, á tiempo que un picador vino á anunciarle que el ciervo de la víspera estaba allá abajo.

En dos brincos ya estaba el príncipe sobre las gradas del patio de honor. El ciervo estendido en unas angarillas de hojas, yacia al lado de su vencedor; este vencedor es Faro.



Faro, que llevado de su instinto, ha seguido al perro tenazmente y lo ha vencido solo; Faro, que no ha podido sobrevivir al honor de la perrera, y que ha conservado bastante energía para verse rehabilitado ántes de morir.

Paisanos de Gouvieux, vasallos del príncipe de Condé, encontraron la víspera en la noche al ciervo, agotadas ya las fuerzas y luchando en su lenta agonía bajo el diente implacable de Faro: siéndoles conocida la reputacion del perro, todo lo comprendieron. El príncipe lloró á Faro como habia llorado à Vatel. Los funerales de Faro fueron magníficos; la jauría entera asistió á ellos; los criados de los perros vistieron luto, y Santeul compuso su epitafio en latin. Todavía se veía hace algunos años, grabado en letras de oro sobre una lápida de mármol negro, arriba de la entrada principal de la casa de perros de Chantilly.

No debe causar sorpresa este lujo de dolor por la pérdida de un perro, si se considera que los Condé no solo han tenido una verdadera pasion por la caza, sino que entre algunos de ellos, esta pasion se ha convertido en locura. El Condé de que hablamos, el feliz vencedor de Madama de Nevers, estaba sujeto á vértigos de un carácter singular. Durante sus

accesos se creía trasformado en perro de caza, y su enfermedad se anunciaba por ladridos reiterados. Acaso al tributar à Faro los últimos honores, creía el príncipe cumplir un deber de famílla, y honrar en él á una de las ilustraciones de su raza.

Y no es sola esa la singularidad de este género que ha conservado en Chantilly la tradicion. Por mucho tiempo se celebró cada año, con ocasion de la festividad de San Huberto, una ceremonia religiosa que no podemos designar de otra manera que bajo su verdadero título: *La misa de los perros de San Huberto.*

Era una ceremonia pueril, es verdad, cómica en la forma, pero séria en el fondo, y tanto mas interesante, cuanto que da testimonio de la fé viva y de la adorable sencillez de nuestros padres. Hoy los perros, si aún los hubiera en Chantilly, rehusarian ir á la misa; tambien ellos dirian en su ladrido filosófico:

No son los padres lo que cree el vacío pueblo.

Voltaire y la *Enciclopedia* los han perdido. En nuestros dias los perros juegan al dominó y andan sobre las patas traseras. Decididamente tenia razon Juan Jacobo Rousseau: *El perro sabio es un hombre depravado.*

Madama de Nevers inauguró el reinado de las mugeres en Chantilly; desde entónces entró el amor por mitad en todas las fiestas.

Las Señoritas de Charolais, de Sens y de Clermont, han sucesivamente ó á un tiempo mismo habitado en Chantilly. Allí fué donde, en el dia de una fiesta dada en su honor, supo la Señorita de Clermont la muerte del conde de Melun, su amante, matado por un ciervo algunas horas ántes. Era ella de un carácter tan indolente, que la duquesa de Borbon, su madre, preguntó con naturalidad al oir referir el accidente: «¿ha causado esto alguna emocion à mi hija?»

El duque de Orleans y la duquesa de Berry, su hija, vinieron mas de una vez á ocultar, bajo las sombras del parque de Silvia, el misterio de sus escandalosos amores. De la época de su residencia en Chantilly, debe sin duda datar la inauguracion de ese delicioso retrete conocido con el nombre de Gabinete de Watteau, y que es con propiedad el monumento mas licencioso, la pintura mas esacta y la mas loca de las locas costumbres de aquel tiempo. ¿Qué muger puede haber sido tan atrevida para ponerse delante del pintor, si no es una de las hijas del regente? ¿Y por qué Watteau, tan poco escrupuloso de ordinario, vacilaria en mostrarnos el semblante de aquella, si no hubiese casi un crímen de lesa magestad, tras la trasparencia de esa alegoría?

La revolucion, que tan poco respetó á Chantilly, ha conservado el gabinete de Watteau y el pequeño castillo, que es incontestablemente el

mas bello adorno de aquel. El recuerdo del viejo condestable no pudo salvar de la destruccion al *gran castillo:* los bellos versos de Santeul no han podido retener á las driadas del parque de Silvia en sus profanadas soledades. Han sido sujetos à un corte y á la misma altura los bellos olmos plantados por la mano del gran Condé. La capilla, la naranjería, el castillo de Buquam que servia de relicario glorioso á las armaduras de la doncella de Orleans y del condestable de Montmorency, la sala del espectáculo, improvisada en una noche de esplendores, y que era con esactitud la realizacion de un sueño de las Mil y una noches, la isla del Amor, la isla del Bosque Verde, el Templo de Vénus, la gran Cascada, la de Beauvais, el parage de los faisanes, el Pabellon, la Lechería, todo ha desaparecido; pero el gabinete de Watteau ha quedado. El folleto ha protegido al castillo. Conservando esta pintura la revolucion, ha hecho en ella un castigo imperecedero, como el talento de Watteau habia hecho de la misma una obra clàsica.

En el número de las mugeres mas notables que reinaron en Chantilly por las gracias del talento y de la belleza, hay dos que debemos nombrar; Madama de Prie bajo la regencia, Madama de Feuchères bajo la restauracion. La historia de ambas es demasiado conocida para que sea necesario hacer de ellas mas que un recuerdo.

Por otra parte, la historia de Chantilly acaba con la monarquía francesa: los Condé estaban demasiado cerca del trono, y debian ser derribados con el mismo golpe que derribó á Luis XVI. Hoy Chantilly ha salido de la casa de Borbon: pertenece actualmente al duque de Aumale, legatario universal del último de los Condé.

Ya lo hemos dicho al comenzar; la historia de Chantilly es una larga série de fiestas. Chantilly tuvo siempre un ojo fijo sobre Versalles; cada funcion dada en Versalles, hallaba un eco en Chantilly; cada cohete disparado allà, reventaba aquí. Luis XIV, el Delfin su hijo, Luis XV, el rey de Dinamarca, José II emperador de Alemania, Pablo I, gran duque de Rusia, Gustavo III rey de Suecia, hé aquí los huéspedes de la casa de Condé.

Un dia tuvo el rey Luis Felipe la feliz idea de resucitar á Versalles por medio de una fiesta; pertenecia, pues, al primer príncipe de la sangre, al príncipe real, celebrar con otra fiesta el renacimiento de Chantilly. En esta vez el héroe de la fiesta no fué ni un gran rey ni un gran señor, sino simplemente el pueblo francés, representado por cuanto habia de mas jòven, de mas elegante, de mas espiritual, de mas amable, no en la corte porque ya no la hay, sino en la ciudad: en una palabra, fué Paris entero quien concurrió à la invitacion del príncipe.

El 13 de Mayo de 1841, pareció renacer Chantilly de sus cenizas. El señor duque y la señora duquesa de Orleans, el príncipe de Joinville y su comitiva, se habian instalado en el castillo desde la víspera. Chantilly se poblaba de minuto en minuto; la gran calle habia sido tomada por asalto, las villas estaban invadidas por escala; era una invasion en posta y á caballo, la que llegaba á Chantilly. El *jockey-club* con sus caballos, sus cocineros y sus domésticos; el *Vaudeville* y el Gimnasio con sus artistas privilegiados; las mas preciosas muchachas, hé aquí los actores prometidos para estas fiestas de príncipes.

Por lo que hace á los espectadores, habian ocurrido de todas partes; de Paris en primer lugar, del campo de los alrededores y de las villas vecinas. Viarmes, Mareil, Valdampierre, Groslay, Chaumont, Gouvieux, enviaron sus diputaciones rústicas á Chantilly: las volantas de mimbre llegaban en hilera mezcladas con las calezas de los nobles; el tocado de la aldeana rivalizaba en coquetería con los deliciosos sombreros de Mauricia Beauvais y el arrendatario del valle de Therain trotaba sobre su caballo tomado del arado, junto al dandy que montaba un alazan de pura raza.

Creil, que era ya una villa en el siglo IX, Creil que fué dos veces saqueado por los Normandos y sitiado por los ingleses, Creil, que mostraba todavía antes de la revolucion la recámara en que estuvo encerrado, durante su demencia, el desgraciado Cárlos VI, Creil habia enviado representantes à Chantilly, como Royaumont, como Lianconet, como Ermenonville.

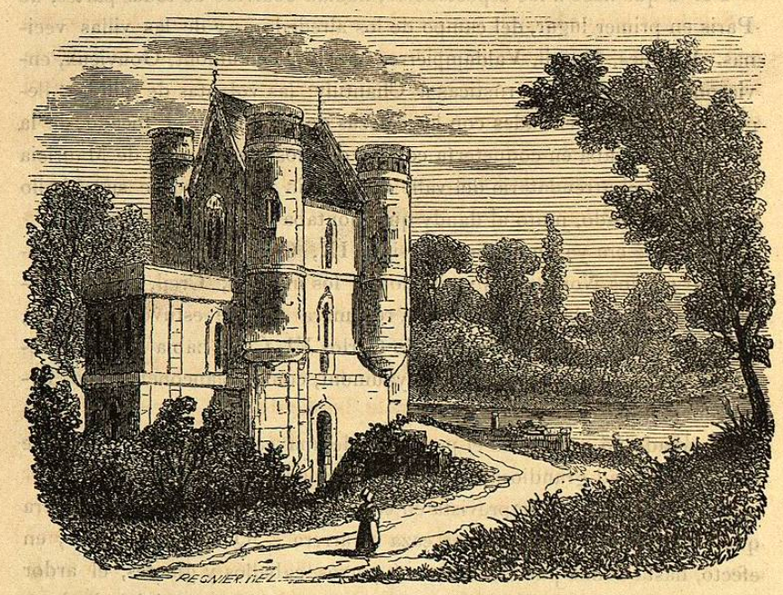
El sábado 15 se publicó el programa de una caza que no carecia de cierta temeridad grandiosa, de una fanfarronada de buena ley.

Si hay alguna cosa imprevista en el mundo, es el resultado, cualquiera que sea su probabilidad, de una caza á carrera. ¿Quién puede saber, en efecto, hasta dónde puede arrastrar á perros, caballos y ginetes, el ardor de la carrera? ¿Quién puede calcular con precision matemàtica la hora de partir, de atacar, de acosar y de dar alcance? M. el príncipe de Condé no habria osado emprenderlo. Pues bien! M. el duque de Orleans lo ha hecho. Confesemos que en esta vez fué mas feliz que cauto.

El acosamiento, anunciado para las cuatro en los estanques de Courcelle, tuvo lugar á la hora designada, en presencia de MM. el príncipe de Joinville, el príncipe de Wagram, de Cambis, de Bérenger, que habian seguido constantemente la caza, y ante cinco mil espectadores que asistian tendidos á lo largo del estanque ó encaramados en los árboles, á este mágico espectàculo.

No es posible describir la magnificencia de este cuadro. El sitio de los estanques de Courcelle es por sí solo uno de los mas deliciosos paisages

que se pueden ver. Figuraos en el centro del bosque de Chantilly una vasta cascada de agua contenida entre dos laderas boscosas; el sol resplandece tras las altas cimas de los chopos y hiere con sus rayos oblícuos la fachada de un pequeño castillo gótico que baña sus cimientos en las aguas trasparentes del estanque. Este castillo es la casita de Viarmes, llamada por otro nombre el castillo de la reina Blanca. Cuando San Luis fundó la célebre abadía de Royaumont, la reina Blanca acostumbraba ir á orar en ese oratorio silencioso, que parece haber conservado hasta el dia un místico perfume de amor y devocion.



Flanqueado por cuatro torrecillas elegantes, enriquecido por esbeltas columnas, este pequeño edificio es, sin duda, de la misma época que la Santa Capilla de Paris; se encuentra allí esa riqueza de adornos, esa gracia esquisita que caracterizan à la arquitectura del tiempo que siguió à las Cruzadas.

Pues bien! Allí, en esa fábrica elegante y restaurada con tanto gusto, fué donde mandó preparar el duque de Orleans un refresco suntuoso para las personas que habian concurrido á la caza. Allì fué tambien donde terminó esa jornada en que un ciervo de diez cuernos, ciervo degenerado à punto de haberse hecho cortesano, se dejó forzar, á la hora designada, por un equipage de sesenta perros. La sombra del duque de Borbon debió sonreir, pensando en los verdes años de su juventud, y la sombra de Faro, á la vista de tal profanacion, debió hacer escuchar un ladrido plañidero bajo el mármol que guarda sus cenizas.

La fiesta duró cinco dias, y fué completa. Hubo caza, baile, *media-noche*, carreras de caballos, conciertos y fuegos artificiales; todo fué de lo mejor: se quemó mucha pólvora, se bebió mucho vino de Champaña; pero ah! faltaron dos cosas en esta fiesta, dos cosas que no se reemplazarán jamás, y sin las cuales Chantilly, el verdadero Chantilly de los Montmorency y de los Condé no puede revivir; faltaron grandes señores y vasallos.

Sabido es lo que hizo de los grandes señores la revolucion; los vasallos han venido á ser ciudadanos. Cuando Chantilly pertenecia á la casa de los Condé, aún habia vasallos en Francia; hoy los guarda-caza de aquel tiempo, son propietarios; antes pertenecieron á la tierra y hoy les pertenece esta.

En 1814, cuando volvió á Francia el duque de Borbon, le costó trabajo reconocer á Chantilly: solo quedaban restos del espléndido palacio de sus padres; pero lo que debió sumirlo en un asombro cien veces mas doloroso, fué no hallar en pié ninguno de los antiguos privilegios de su rango. No solo Chantilly habia sido destruido, sino que la nobleza lo fué tambien del mismo golpe.

En el primer momento, todo lo debió detener, debió quedarse pensativo, inquieto en el umbral de su morada, buscando con la vista inquieta los surtidores de agua *que no se secaban ni de dia ni de noche*, las glorietas adornadas de fuentes, los mármoles mutilados, las estatuas ausentes, su gradería señorial y su patio de honor, viudos de vasallos.

En otro tiempo, cuando el príncipe ó el duque venian á Chantilly, encontraban á sus vasallos formados en el camino esperándolos. Ha venido ahora el señor, ¿dónde están los vasalos? ¿Habrán ido á la capilla del castillo à dar gracias á Dios por el retorno de su buen señor que viene del destierro? Ah! no, monseñor; ya no hay capilla, ya no hay vasallos en Chantilly!

De las piedras, del plomo, del fierro, del mármol de la capilla, se ha construido esa fábrica de porcelana cuya alta chimenea veis humear desde aquí: no es á Dios à quien està consagrada esa basílica industrial, sino al trabajo, á ese santo de orígen revolucionario, que vos no conoceis, monseñor.

Vamos! dijo lanzando un suspiro de profunda tristeza el viejo señor emigrado; puesto que no me quedan ni capilla ni vasallos, encontraré al ménos mis bellas cascadas, mis aguas vivas y mis centenares de peces.

Ah! no, monseñor; el agua de las cascadas hace mover hoy á una máquina hidráulica, con cuyo ausilio se reparte esta misma agua entre los diversos habitantes de la demarcacion. Vuestros centenares de peces habrian muerto de hambre en sus viveros, si no hubieran servido hace mucho tiempo para alimentar á la industriosa poblacion del país. Con todo lo demas ha sucedido lo mismo. La *Faisanería* no ecsiste ya, pero en su lugar tenemos una fábrica de hilar algodon, que ocupa á doscientos trabajadores; un molino para laminar cobre, que reemplaza ventajosamente al *Templo de Vénus*, y una fábrica de encages sin rival en el mundo.

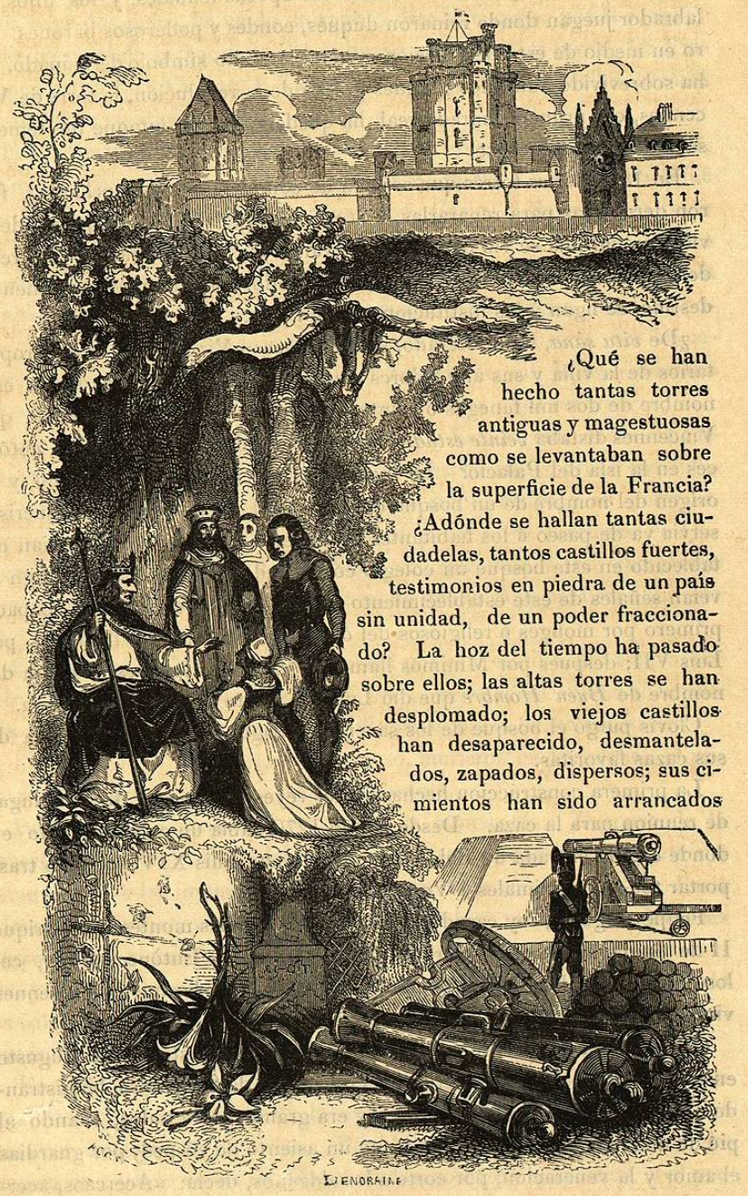
¿Qué pensais de todo esto? ¿No ha debido encontrarse así, el dia en que el último de los Condé vino á recobrar la posesion del castillo de sus padres, despues de una ausencia de mas de veinte años?

Entònces, hizo tambien sin duda el viejo duque de Borbon una triste reminiscencia hácia lo pasado, y recordó que mucho tiempo antes de la revolucion, se veía en Coye un viejo castillo gótico, ruina feudal cuya propiedad abandonó en 1787 el príncipe de Condé, á condicion de que se convirtiese en ferrería. Este era el primer paso de la industria en el dominio de la nobleza; la industria no debia pararse en tan bello camino.

Hoy la revolucion ha arrasado el castillo del viejo condestable Anne de Montmorency; el último de los Condé no ecsiste. ¿Qué resta de tanta grandeza y de tanto poder? Resta lo que será siempre imperecedero, lo que ninguna revolucion podrá destruir; resta la industria: en la historia del progreso, la industria es todavía la nobleza. Nadie olvidarà que es un príncipe de la familia de Condé, quien tuvo la gloria de abrir el primero á la industria la puerta de Chantilly, como su abuelo, el Condé de Maëstricht, la habia abierto antes de él al rey Luis XIV. ¿No es la industria la gran reina, la sola reina del siglo XIX?

CH. ROUGET.

VINCENNES.



¿Qué se han hecho tantas torres antiguas y magestuosas como se levantaban sobre la superficie de la Francia? ¿Adónde se hallan tantas ciudadelas, tantos castillos fuertes, testimonios en piedra de un país sin unidad, de un poder fraccionado? La hoz del tiempo ha pasado sobre ellos; las altas torres se han desplomado; los viejos castillos han desaparecido, desmantelados, zapados, dispersos; sus cimientos han sido arrancados